

pues con el señor Delfin; y en reconocimiento de este beneficio la señora Electriz envió á cuarenta casas de padres teatinos un niño de plata, como se ve en su iglesia de Paris y en las de Italia.

SAN ALBERTO DE SICILIA, RELIGIOSO CARMELITA Y CONFESOR.

EL bienaventurado S. Alberto, natural de Sicilia, tuvo por padres á Benedicto y á Juana, personas de ilustre cuna, los cuales vivian en la ciudad de Trapano ó Trápani con gran ejemplo de virtud. No habiendo tenido hijos en veinte y seis años de matrimonio, tomaron por medianera á nuestra Señora, y prometieronle, que si les daba un hijo varon, le consagrarían á su servicio en la órden de su nombre. Concibió Juana, y estando preñada, vió en sueños que salía de su vientre un cirio encendido, muy resplandeciente. Nació el niño, llamáronle Alberto; criáronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones, y despues le aplicaron á los estudios. Siendo de ocho años, como era hijo de padres tan nobles y ricos, no faltó quien le pidió para desposarle con una doncella de raras partes: y aunque el padre venia bien en ello, la madre no lo consintió, acordándose del voto que habia hecho á nuestra Señora; y así la madre llamando á su hijo Alberto, le declaró el voto que habia hecho, rogándole que lo cumpliese, y tomase á la Virgen por abogada y madre. El niño le prometió de hacerlo; y tomando la bendicion de sus padres, se fué al monasterio del Càrmen, que está cerca de Trápani, y pidió el hábito; y aunque al principio los religiosos no le quisieron recibir, temiendo á sus padres, despues le recibieron, con gran gusto y alegría; porque sus mismos padres, habiendo sido reprendidos de la santísima Virgen, porque tardaban tanto en darle lo que habian prometido, se lo pidieron y rogaron. Tomó el hábito con gran gozo suyo, y antes de tomarle, por sus propias manos dió á los pobres el vestido que traía; y aunque era niño, comenzó luego á resplandecer y á mostrar con sus virtudes, que Dios especialmente le habia escogido para gran gloria suya. Mas el demonio, temiendo el daño que le podia venir, le acometió en figura de una doncella muy hermosa y graciosa, y le tentó terriblemente, para que dejase aquella vida áspera que habia comenzado, y por su delicada y tierna edad no podia seguir, y se casase con ella, pues tanto le amaba. Pero Albertó conoció los silbos de la serpiente infernal, que se habia trasformado en aquella doncella; y haciendo so-

bre sí la señal de la cruz, desapareció el enemigo que le tentaba.

Hizo su profesion, y para mas perfectamente cumplir lo que habia prometido, se dió á los ejercicios de todas las virtudes religiosas, especialmente á la aspereza y penitencia. Ayunaba á menudo y traía un áspero cilicio: echábase desnudo sobre unos palmitos: vestíase de paño grosero y no se avergonzaba de andar roto: nunca bebia vino, y á los viernes mezclaba con el pan la yerba de los ajenjos, para mas mortificarse: huía la ociosidad, como veneno de la virtud: era castísimo, y exactísimo en la santa obediencia: aventajábase sobre todos en la pobreza y humildad: dió todo su patrimonio á los pobres religiosos, y con estas virtudes mereció ser ilustrado del Señor, de manera, que andando el tiempo, predicaba y convertia muchos judíos á nuestra santa religion, especialmente despues que se ordenó de misa, aunque lo hizo contra su voluntad, y por obediencia, porque se tenia por indigno de llegarse al sacrosanto misterio del altar para celebrar.

Comenzó nuestro Señor á honrar y glorificar á su siervo con muchos milagros que obró por él. Estaba cierto domingo en la noche haciendo oracion en la iglesia: quiso el demonio espantarle apagando la lámpara que allí ardia, y no pudo, mas hizola caer en el suelo; pero el Señor la guardó, para que no se quebrase ni apagase.

Tenia Roberto, rey de Nápoles, cercada y muy apretada la ciudad de Mesina, y los de dentro morian de hambre, sin tener cosa que comer. Acudieron á S. Alberto, que á la sazón estaba en Mesina, para que su oracion alcanzase de Dios el remedio, que ninguna industria humana podia descubrir. Oró Alberto en la misa con grande fervor y eficacia, y luego se oyó un terrible trueno, y de él una voz que á guisa de trompeta decia: *Oido ha Dios tus oraciones*; y sin saber por donde ó como hubiesen entrado, porque el cerco de los enemigos era muy apretado, se vieron en el puerto tres galeras cargadas de provisiones que se distribuyó á la gente necesitada de la ciudad; y con esto respiró y cobró ánimo y se defendió. Túvose entendido, que aquellas tres galeras habian sido guiadas de los ángeles; porque no parecieron mas, ni hubo quien conociese á los capitanes y marineros de ellas.

Habia un monge en el monasterio de S. Salvador de Mesina, que estaba para morir de una apostema, que se le habia hecho en la garganta: hizo sobre ella la señal de la cruz Alberto; y luego la apostema reventó y el enfermo quedó sano.

En Trápani libró á una mujer que habia seis dias que peleaba con la muerte por los crueles dolores de parto que padecia, dándole un poco de aceite bendito con que se untase el vientre, y diciendo: *Nuestro Señor Jesucristo por los merecimientos de su santísima Madre te sane; y así como ella sin detrimento de su virginidad concibió y parió sin dolor, así tú sin peligro de tu vida paras la criatura que tienes en tus entrañas, para que sea consagrada á Dios;* y luego parió una hija que despues dedicó á Dios.

En la Tierra Santa sanó á un judío muy fatigado de gota coral, y con este milagro, él y sus padres se convirtieron á nuestra santa fe, y el hijo se hizo religioso, y vivió y murió santamente.

Otra vez camino de Gargente libró á ciertos judíos que se ahogaban en un rio, estando S. Alberto de la otra parte del rio mirándolos: pidiéronle el bautismo, y él sin temor alguno andando sobre las aguas, llegó á ellos, y los bautizó y libró de aquel peligro.

Siendo provincial de su órden en Sicilia, y visitando á pié y con un báculo en la mano su provincia, el compañero quebró un vaso de barro en que llevaba un poco de pan y agua, que era todo su sustento; y hallándose el compañero confuso, san Alberto le mandó traer el vaso, y hallóle entero y lleno de agua.

Por abreviar omitimos otros muchos prodigios que obró el Santo durante su vida verdaderamente angelical. Finalmente tuvo revelacion del dia en que habia de morir y así lo dijo á sus religiosos: y que una hermana suya (que estaba léjos de allí doscientas y sesenta millas) moriria aquel mismo dia y á la misma hora que él, como murió. Y estando todos los religiosos al rededor del Santo orando por él, vieron salir su bendita alma en figura de una paloma blanca como la nieve, y volar al cielo, dejando el cuerpo en el suelo vestido de cilicio, del cual salia un olor suavísimo, y una fragancia mas del cielo que de la tierra; y una campana que el Santo habia mandado hacer, se tañó por sí misma, sin que ninguno la tocase. Hallóse á su entierro el rey de Sicilia, y los grandes señores y nobles del reino, y algunos obispos con innumerable pueblo, procurando cada uno llevar algo, como un precioso tesoro de sus vestidos y reliquias, con las cuales obró Dios grandes milagros. Hubo contienda entre el clero y el pueblo sobre la misa que se habia de decir en las exequias del Santo; porque el clero queria que se dijese de *Requiem*, y el pueblo de un santo confesor; pero puestos todos

en oracion, aparecieron en el aire dos niños resplandecientes con estolas blancas y dijeron que se habia de cantar: *Os justi meditabitur sapientiam*; y se dijo la misa de un confesor, entendiendo que era la voluntad de Dios. Concurrían de muchas partes remotas al sepulcro de S. Alberto muchos enfermos, cojos, ciegos, leprosos, paralíticos, y dentro de pocos dias volvian sanos á sus casas; y la manera de sanar era que postrados primeramente delante del sepulcro del Santo, ayunaban tres ó cuatro dias pidiéndole su favor, y á media noche veían una luz clarísima y en ella á S. Alberto vestido de blanco que les daba entera salud.

Murió el Santo á los 7 de agosto el año de 1292, y despues de muerto castigó el Señor gravemente unos soldados que habian profanado el templo en que estaba su sagrado cuerpo, el cual se halló en el arca donde estaba puesto de rodillas, como pidiendo venganza á Dios de aquel sacrilegio; y así en la misma hora murieron todos aquellos soldados de pestilencia. Y porque no hay cosa tan santa que los malos no la echen á mala parte y de la medicina saquen veneno, estando un predicador del Cármen predicando al pueblo la santidad de Alberto y sus grandes merecimientos, un sacerdote (movido del padre de la envidia) dijo allí públicamente que mentía el predicador y que todo lo que decia era falso y fingido, y luego al momento se le cayeron delante de todos los circunstantes las entrañas; y conociendo su culpa pidió con muchas lágrimas perdon al Santo, prometiendo guardarle su dia y ayunar su vigilia, y con esto alcanzó la salud.

Otra vez pretendieron ciertos clérigos, instigados del demonio, quitar la imágen del Santo que el pueblo reverenciaba, y yendo de noche á ejecutarlo, un paralítico que habia doce años que no se podia mover, repentinamente sanó y se opuso á los que iban á derribar la imágen, contándoles el milagro que Dios habia obrado en él; y espantados desistieron de su mal intento.

En la ciudad de Trápani habiendo uno jugado y perdido su hacienda, viendo dos imágenes, una de nuestra Señora y otra de S. Alberto, loco y como fuera de sí, echando mano á la espada fué á la imágen de S. Alberto, diciendo: Muchas veces te he llamado, y no me has oido; no te tendré mas por Santo, pues no me has podido ayudar; y tú, María, que eres llamada Madre de gracia, tambien has cerrado á mis ruegos tus orejas; y diciendo esto hirió las imágenes, de las cuales salió mucha sangre; y viniendo del cielo un rayo hizo ceniza aquel pobre y desventurado sacrilego.

La misa es en honor de S. Cayetano, y la oracion la siguiente:

O Dios, que á tu confesor el bienaventurado S. Cayetano le concediste que imitase la vida de los apóstoles, concédenos que asistidos de su intercesion, y animados con su ejemplo, pongamos siempre en vos toda nuestra confianza, y solamente suspiremos por los bienes celestiales. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro; ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. Despues de tanto tiempo que se corre en busca de este precioso metal, y que los hombres se fatigan en vano sin ganar otra cosa que inquietudes, ansias, disgustos y remordimientos, ya parecia mas que razon que se desengañasen de sus ilusiones, y que descubriesen la inanidad de ese fantasma, en quien tantos idolatran. Es la codicia una enfermedad que coge á un mismo tiempo el corazon y la cabeza; es una especie de frenesí de que sanan pocos. ¡Qué digno de lástima es el que se deja tiranizar de tan infame pasion! Ya; ¡si á lo menos el avariento fuese liberal con aquel Señor de quien recibimos todos los bienes de la vida! Pero la avaricia no solo es un vicio propio de las almas bajas, eslo tambien de los corazones poco cristianos. El avariento siempre es tan mezquino con Dios, como lo es consigo mismo. Hace poca impresion la miseria ajena en aquel que solo ama su dinero. En todos es vil y despreciable la avaricia; pero en ninguno mas odiosa que en aquellos que por su profesion, segun el lenguaje del Apóstol, no debieran conocerla, ni aun de nombre: *Avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* ¿No es compasion que unos hombres

consagrados al ministerio de los altares, que solo debieran aspirar por su estado á la herencia del Señor, se dejen arrastrar por la pasion de que otros los hereden sus sórdidos ahorros, al mismo tiempo que tantos pobres les están pidiendo de justicia las rentas de aquel patrimonio suyo que puso en sus manos la piedad de los fieles? ¿no es esta aquella loca vanidad que con tanta razon contó el Profeta en el número de las abominaciones que se cometen en el templo? ¿no es aquella pobreza de entendimiento, aquella ridicula locura que, como dice el Sabio, causa horror, y se hace insufrible á todo hombre de razon? ¡Que unas personas que el mismo Dios separó del monton de las demás, poniéndolas aparte y escogiéndolas como para sí, intimándolas que su reino no es de este mundo, se hayan de ocupar solamente en todo lo que puede contribuir al engrandecimiento de su familia! ¡que unos hombres cuya renta se compone toda de las rentas de los fieles, y á quienes muchas veces no les da el altar lo suficiente para su manutencion, se hayan de negar á sí mismos lo mas necesario para dejar á sus sobrinos, y tal vez á los estraños con que sustentar lo supérfluo! Hombres, cuya sórdida avaricia la llevan representada en la indecencia del vestido; hombres mas hambrientos de su estipendio que el seglar mas codicioso; hombres siempre mas y mas duros con los pobres, no menos que consigo mismos; ¡qué no hacen para ahorrar y para ganar en todo! ¿Pero qué fin llevarán en tan ruin como vergonzosa economia? Ningun otro que el de aumentar á costa suya un capital, de que ellos no se han de aprovechar, y solo ha de servir para fomentar la profanidad de los que están deseando su muerte, pareciéndoles que ya tarda demasiado el verse dueños de sus infelices ahorros.

El Evangelio es del cap. 6 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Ninguno puede servir á dos amos; porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro, ó sufrirá al uno, y al otro le despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo no seais sollicitos de lo que habeis de comer para mantener vuestra vida, ni de con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del aire, las cuales no siembran, ni siegan, ni llenan las trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mas precio que ellas? ¿quién de vosotros puede con todo su discurso añadir un codo á su

estatura? ¿y por qué tomáis cuidado por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Con todo eso os digo, que ni Salomon con toda su gloria está vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de ese modo el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuanto mas á vosotros, hombres de poca fe? No que-

rais, pues, tener pena diciéndolo; qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos; porque semejantes cosas son las que procuran los gentiles. Sabe, pues, vuestro Padre que teneis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y tendréis todas estas cosas sin buscarlas.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todos, por decirlo así, seríamos todopoderosos si nuestra confianza en Dios fuera viva, constante y perfecta. Fáltanos lo que habemos menester, solo porque nos falta la fe. Son desatendidas nuestras peticiones, y nuestras oraciones son ineficaces, porque es poca ó ninguna nuestra confianza en Dios. Los sabios del mundo cuentan con su prudencia; los ricos con su oro; los jóvenes con su edad; los robustos con su salud; pareciéndoles que estos son firmes y sólidos fundamentos. Tiénese toda la confianza en el favor de los grandes, en la autoridad de los protectores, en el número de los amigos; de suerte, que parece estamos persuadidos á que para nada hemos menester á Dios, con quien apenas se cuenta. Cada dia experimentamos la insuficiencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por eso se disminuya la confianza que colocamos en ellas. No por eso nos desengañamos, ni dejamos de volver á apoyarnos en aquellas mismas cañas que tantas veces se doblaron, y tantas se hicieron pedazos en nuestras manos. ¿De donde nacerá que confiemos tan poco en aquel Señor, cuyo poder es inmenso, infinito, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿de dónde nacerá que estando como naturalmente sembrada esta virtud en nuestros corazones, como se nota aun en los mas impíos, los cuales en los peligros grandes, en los accidentes repentinos levantan las manos al cielo, imploran la proteccion de Dios con cierto indeliberado movimiento; de donde nacerá que no obstante este natural instinto nos cuesta tanto trabajo el colocar en el Criador toda nuestra confianza? Como esto es abso-

lutamente ajeno de toda razon, no es posible señalar alguna de ello. Lo único que se puede decir es, que jamás hemos considerado las muchas que tenemos para hacer todo lo contrario; que es mucha nuestra falta de fe, y mayor la del amor á nuestro Dios; y que nuestra conciencia nos está continuamente reprendiendo nuestra tibieza; nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. No cesamos de desagradar á Dios, de desobedecer su voluntad, de menospreciar su ley y sus preceptos; esto es lo que debilita y lo que enteramente apaga nuestra confianza en el Señor. Desconfiados de su bondad acudimos á cualquiera otro; y si despues de haber experimentado la insuficiencia ó la infidelidad de las criaturas, recurrimos al Criador, lo hacemos por fuerza ó por desesperacion, y aun entonces con duda y con desconfianza. ¡A vista de esto nos admiramos, y aun nos quejamos de que el Señor no nos oiga! Antes bien seria una especie de milagro si viéndonos en esta disposicion nos alargara su benéfica mano.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que verdaderamente es muy extraña la contradiccion que se observa entre nuestra fe y nuestra conducta. Todos estamos convencidos de que Dios es el autor y el origen de todos los bienes, y que á sola su bondad debemos todos los dones que recibimos, y todos los que esperamos recibir; ¿pues en qué consiste nuestra falta de confianza? Parece que no es posible inspirárnosla mayor, cuando solamente nos pide esta misma confianza para obligarse á asistirnos en todas nuestras necesidades: *Credite quia accipietis*: creed que recibiréis lo que me pidieréis, y estad seguros de que sin otra diligencia lo recibiréis. Empéñanos Dios su palabra; esta es la mayor fianza de todo lo que nos promete; ella sola ciertamente debiera bastar para hacer inmóvil nuestra confianza; despues de esta seguridad parecia inútil por parte de Dios cualquiera otra precaucion. Con todo eso, como la obligacion del juramento se reputa entre los hombres por mayor y mas sagrada que todas las demás, quiso el Señor añadir esta obligacion á su palabra, para que estuviésemos mas ciertos, dice S. Pablo, de la inmutable firmeza de sus promesas. ¿Serán ya menester otras pruebas? ¿serán menester motivos mas poderosos, razones mas fuertes para des-pertar nuestra esperanza; para asegurar nuestra confianza, y para resucitar nuestra fe? ¿no es gran dicha nuestra que por acomodarse Dios á nuestra flaqueza se digne jurar por nuestro amor? ¿pudiera darnos mayor prueba de la sinceridad con que desea concedernos todo lo que nos promete? *O nos beatos*, dice

Tertuliano, *quorum causa Deus jurat! ò miserimos, si nec Deo juranti credimus!* ¿Cual, pues, debe ser la firmeza de una confianza asegurada sobre tantas obligaciones? ¿qué tranquilidad y qué calma no debén producir en nuestros corazones unas esperanzas tan bien fundadas? ¿como es posible que haya todavía accidentes que nos espanten, pérdidas que nos desesperen, revoluciones que nos asusten, teniendo á un Dios que nos ofrece y nos asegura su proteccion y su asistencia? Con todo eso, es mucha verdad que la desconfianza y el temor reinan casi universalmente en los corazones.

Estoy, Dios mio, tan persuadido á que velais sobre los que confían en vos, y á que nada puede faltar á quien espera en vos todas las cosas, que estoy resuelto á dejar desde aquí adelante en manos de vuestra providencia todas mis inquietudes y todos mis cuidados. Podrán los hombres despojarme de los bienes y de la honra; podrán las enfermedades debilitarme las fuerzas; podré yo mismo ser tan infeliz que pierda vuestra gracia por el pecado; pero jamás perderé la esperanza, conservaréla hasta el último momento de mi vida; en vano procurarán arrancármela los mayores esfuerzos de todos los demonios del infierno: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

JACULATORIAS. — No, Señor, nunca seré confundido, porque invoqué tu santo nombre. (*Psalm. 30.*)

Confíe, Señor, en tí, y no seré confundido eternamente. (*Psalm. 30.*)

PROPOSITOS.

1 Dios mio, como yo esté junto á tí, decia el santo Job, yo desafiare osadamente á todos mis enemigos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* No permitas que me aparte de tu lado, y ninguna cosa será capaz de alterar mi confianza. Todo está lleno de lazos y de escollos; vivimos en un país enemigo; en el mismo trono nacen las adversidades y las cruces; dentro de nosotros mismos tenemos un manantial inagotable de miserias y de disgustos; los males han inundado toda la tierra. Con todo eso, por espantoso que sea este diluvio de enfermedades, de males y de miserias, no me espantarán, Dios mio, esclama el Profeta, porque tú estás conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Tengamos esta gran confianza en Dios, y presto seremos asegurados. Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia, y acaso tambien de deudas, abati-

da, despreciada, perseguida; acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* Ten en Dios una confianza sin limites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discipulos: *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezo. No confies en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2 La divina Providencia, dice S. Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere tenernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una amorosa violencia: confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer; pero arrojarle enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima; cuando te suceda alguna cosa molesta, difícil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrojate á los pies del Crucifijo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo aire de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que solo con tener fe seríamos en cierta manera todopoderosos.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CIRIACO, diácono, LARGO y ESMARAGDO, CON OTROS VEINTE, en Roma; los cuales padecieron en el dia 16 de marzo en la persecucion de Diocleciano y Maximiano. El presbítero Juan dió sepultura á sus cuerpos en la via Salaria, y el papa S. Marcelo los trasladó este dia á la heredad de Lucina en la via Ostiense: últimamente llevados á Roma fueron depositados en la diaconia de Santa Maria en la via Lata. (*Véase su historia hoy.*)

SAN MARINÓ EL VIEJO, en Anazarbo en Cilicia, quien en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Lisis fue azotado, colgado de